

SESIÓN 3

LAS DOS SEMILLAS EN LA TIERRA

En las sesiones anteriores hablamos de algunas cosas fundamentales. Primero vimos que el reino de Dios es el cumplimiento de todas las sombras dadas por Dios bajo el antiguo pacto. Vimos que el reino tiene la misma *definición* en ambos pactos. Con esto quiero decir, que Dios no cambió Su opinión con respecto al reino después de la venida del nuevo pacto. La realidad del reino de Dios existió en forma natural, en forma de tipos y sombras físicas y externas bajo el antiguo pacto, y ahora el mismo reino existe en forma espiritual, interna y eterna.

También intenté ofrecerles una descripción de este reino con las siguientes palabras: El reino de Dios es un reinado o gobierno en el cual todas las cosas creadas se alinean perfectamente con la naturaleza, propósito, mente, carácter y deseo del Señor. Es un entorno gobernado por la mente, naturaleza y vida de Dios. Es una tierra conquistada, sobre la cual Dios tiene soberanía total y en la que Él tiene expresión y gloria.

Este reino es lo que vemos en sombras naturales durante los reinados de David, Salomón y algunos otros reyes que anduvieron como David. Y este reino es, sin lugar a dudas, lo que nosotros deberíamos estar experimentando cada vez más en nuestros corazones. Dios siempre ha querido un reino. Nunca cambió Su propósito de llenar una tierra de Su gloria como las aguas cubren el mar. ¡Pero ahora la tierra para el reinado de Dios está *en nosotros*, porque Dios **no gobierna con palabras o mandamientos externos, sino llenando y fluyendo con Su propia naturaleza, voluntad, propósito, luz, carácter y justicia en un pueblo resucitado!** ¡Dios no gobierna con leyes y fuerzas externas, sino con “la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús”! ¡Esta es la única ley! Es la ley que nos **constríne, nos motiva y nos transforma.**

Bien, esto fue un repaso corto de lo que ya hemos hablado. En esta sesión quiero hablar acerca de las dos semillas que intentan vivir y glorificarse en la tierra de nuestro corazón.

Me imagino que ustedes entienden bien que la historia de Israel es la historia de dos semillas tratando de llenar una tierra, buscando vivir, crecer y reinar en la tierra escogida por Dios. Que todas las historias de Israel después del tiempo en el desierto, tienen que ver con estas dos semillas. Una semilla es la semilla de Abraham, Isaac y Jacob... la semilla que representaba o prefiguraba la de Cristo. La otra semilla es la semilla incircuncisa, la semilla de carne, malvada y rechazada por Dios. Vemos esta semilla representada en todas las otras naciones en la tierra, es decir, en los cananeos,

filisteos, amorreos, jebuseos, etc.

En realidad, la historia de estas dos semillas comienza en el Jardín del Edén, al puro principio de Génesis. Inmediatamente después de la caída, Dios habla sobre estas dos semillas o simientes diciéndole a la serpiente: "Pondré enemistad entre tú y la mujer, y entre tu simiente y su simiente; él te herirá en la cabeza, y tú lo herirás en el talón." Vemos que había una simiente de la serpiente y una simiente de la mujer (es decir, una simiente que iba a salir o que provendría de la "mujer", ya fuera Israel, María o la iglesia; el punto es que esta simiente es Cristo, la que aplastaría la otra simiente.)

Israel era un cuadro de la simiente de Dios que estaba por venir. Quiero decir, la simiente de Abraham en la carne y el pueblo que nació de él, era un testimonio de la Simiente espiritual (Cristo) y de los que nacen de Su Espíritu. Dios pintó un cuadro muy gráfico e importante de Su propósito y victoria en el alma del hombre, usando esta simiente, su entrada y conquista de una tierra natural. La simiente de Dios entra, se incrementa, pelea, conquista y llena la tierra que Dios ha comprado con la sangre del cordero.

Todas las historias que tratan del incremento o de la disminución del reino de Israel en esta tierra natural, son cuadros de lo que ahora toma lugar en el alma. De hecho, estas historias empiezan con Josué y su conquista de una parte de la tierra. Todo el libro de Jueces tiene que ver con el incremento o decrecimiento del reino de Dios en la tierra. Y vemos más específicamente, en 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes y 1 y 2 Crónicas un montón de historias que hablan del reino.

En todas estas historias, aunque hay muchos y diferentes detalles, hay algunas realidades muy simples y fundamentales que se repiten una y otra vez, a las que debemos prestarles mucha atención. Vemos claramente la realidad de que **Dios quiere plantarse, incrementarse y glorificarse a Sí mismo en la tierra, SIN compartir ni un pedacito de ella con otra semilla.** La tierra le pertenece a Dios, Él la compró con Su propia sangre y por eso quiere llenarla con Su propia simiente, Su propia ley, Su propia naturaleza, Su propio reinado.

Hay muchas leyes y mandamientos que hablan de esta realidad.

Deuteronomio 7:1-3, *"Cuando el SEÑOR tu Dios te haya introducido en la tierra donde vas a entrar para poseerla y haya echado de delante de ti a muchas naciones: los Hititas, los Gergeseos, los Amorreos, los Cananeos, los Ferezeos, los Heveos y los Jebuseos, siete naciones más grandes y más poderosas que tú, 2 y cuando el SEÑOR tu Dios los haya entregado delante de ti, y los hayas derrotado, los destruirás por completo. No harás alianza con ellos ni te apiadarás de ellos. 3 No contraerás matrimonio con ellos; no darás tus hijas a sus hijos, ni tomarás sus hijas para tus hijos".*

Levítico 19:19, *“Mis estatutos guardarán. No juntarás dos clases distintas de tu ganado; no sembrarás tu campo con dos clases de semilla, ni te pondrás un vestido con mezcla de dos clases de material”.*

El punto es que Dios no está dispuesto a compartir la tierra de nuestra alma con ninguna otra semilla. De hecho, ¿qué sucedía cada vez que el Espíritu de Dios caía sobre uno de los jueces de Israel? A lo largo de todo el libro de Jueces vemos que, cada vez que el Espíritu de Dios caía sobre un juez, ¡el juez comenzaba a matar a los filisteos! Con el poder o la unción del Espíritu de Dios, el juez mataba todas las otras semillas en la tierra. Estas no son historias bonitas, pero son muy ilustrativas. Nos muestran algo muy importante. **Dios no quiere solo una parte de nuestro corazón, Él quiere ser el único Rey, la única vida, la única naturaleza gobernando ahí.** Si permitimos que Dios haga Su voluntad en nosotros, rápidamente veremos cómo la espada de Dios (la cruz) va matando cualquier cosa que no tenga a Cristo como su fuente y sustancia. Él es un Rey muy celoso y quiere morar y llenar toda la tierra que compró con Su propia sangre.

Dios no está dispuesto a compartir la tierra. Vamos a hablar más acerca de esto en las sesiones que siguen, porque yo diría que es la primera y más importante regla del reino de Dios. Esta realidad define cómo experimentamos el reino y cómo crecemos.

Otra realidad básica y fundamental que encontramos en las historias de Israel en el antiguo testamento, es la realidad de que **ya había otra simiente en la tierra. Quiero decir, cuando la semilla de Dios entró en la tierra, la tierra no estaba en estado neutro, no estaba vacía.** Ya había otra semilla viviendo, reinando, gobernando y buscando su propio incremento y su propia gloria en ella. ¿Por qué es importante esto? ¡Porque así es en nosotros también! No vivimos en estado de neutralidad hasta que Cristo entre en nuestro corazón. ¡Jamás! Vivimos como esclavos de la naturaleza pecaminosa. Vivimos como hijos de ira por naturaleza. Vivimos como hijos del diablo y la voluntad del diablo es la que queremos hacer. Nacemos muertos en delitos y pecados, y en nuestro primer nacimiento “vivimos en las pasiones de nuestra carne, satisfaciendo los deseos de la carne y de la mente”, como dice Pablo.

Amigos, esto es triste y fuerte, pero es fundamental saberlo. No somos vasos vacíos esperando la llegada de Cristo. No somos pizarras en blanco esperando que Cristo escriba sobre las tablas de nuestro corazón. Somos vasos que están llenos de mentira, de la naturaleza caída y contraria a Dios. Somos una tierra que contiene todo tipo de idolatría, abominación, incircuncisión e iniquidad... exactamente como Dios describió la tierra de Canaán en el libro de Deuteronomio. Somos por naturaleza una tierra llena de ídolos, pecado, lugares altos, adivinación y hechicería. ¡Una tierra con

personas que tocan y consultan a los muertos! Somos aquellos de quienes Pablo hablaba cuando dijo: “No hay justo, ni aún uno. No hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se han desviado; a una se hicieron inútiles. No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.”

Muchas veces no entendemos que nacemos esclavos del pecado. **El hombre natural, el hombre adámico, caído, es un reino de tinieblas en el que Satanás goza de su libertad.** Durante los 40 días de tentación en el desierto, el diablo llevó a Jesús a una altura, “y Le mostró en un instante todos los reinos del mundo. ‘Todo este dominio y su gloria Te daré,’ Le dijo el diablo; ‘pues a mí me ha sido entregado, y a quien quiero se lo doy’.”

Así es, amigos. En su condición natural toda la tierra le pertenece a la simiente del enemigo. O en las palabras de Juan, “el mundo entero está bajo el poder del maligno.” Hay una idea que casi todos los hombres creen, y es el concepto de libertad absoluta o verdadera autonomía. Pensamos que somos libres, que nada o nadie nos gobierna realmente, pero es mentira. No estoy diciendo que seamos robots o títeres, pero lo que sí estoy diciendo es que todos nosotros somos gobernados por una naturaleza, por una semilla. Incluso en nuestro primer nacimiento (el de la carne) estamos sujetos a un reino. El alma es un territorio, un entorno bajo gobierno.

En el jardín del Edén, Adán y Eva pensaron que estaban escogiendo la libertad cuando comieron del árbol del bien y del mal, pero sólo escogieron un gobierno diferente. En lugar de ser gobernados por el árbol de la vida, eligieron ser gobernados por un diferente tipo de rey. Pensaron que estaban escogiendo la capacidad de “ser como Dios” y de conocer su propio bien y mal, pero escogieron ser esclavos del pecado y de la muerte, gobernados por “el espíritu que obra en los hijos de desobediencia”. Cuando creyeron la mentira y comieron del fruto, **se tragaron una semilla diferente.**

Ahora bien, cuando hablamos de la palabra “gobernado”, no quiero decir “poseído”. La palabra gobernado habla del hecho de que hemos llegado a ser la expresión viviente de una naturaleza. Todavía tenemos voluntad, pero nuestra voluntad es definida y constreñida por una naturaleza. Todavía tenemos nuestras propias emociones, pero dichas emociones son afectadas y provocadas por una naturaleza. También tenemos mente, pero la manera en que pensamos es enormemente afectada por una naturaleza.

Así es la naturaleza de nuestra esclavitud y por eso casi nunca la reconocemos. Creemos que debido a que podemos escoger, estamos escogiendo lo que realmente necesitamos. Pensamos que debido a que tenemos deseos y sentimientos, estas cosas tienen su origen en nosotros y son para nuestro bien. No entendemos que estamos siendo gobernados. No poseídos, no programados, sino gobernados.

Sí, es cierto que escogemos lo que queremos y que nos gusta lo que escogemos. **Pero así es**

precisamente como funciona el gobierno de pecado. La naturaleza de pecado nos gobierna, no controlando nuestras acciones realmente, sino afectando el deseo, perspectiva, naturaleza y entendimiento *detrás de nuestras acciones*. ¿Lo ven? Noten cómo describió Jesús la condición de los judíos en Juan 8.

Juan 8: 44, “*Ustedes son de su padre el diablo, y los deseos de vuestro padre quieren hacer...*”

Esta palabra “quieren” es clave. Pensamos que somos libres porque escogemos lo que queremos. Aquí es donde nos engañamos, porque nunca nos preguntamos: ¿POR QUÉ queremos hacerlo? ¿Qué está llevándonos a *querer* hacerlo? ¿Por qué lo deseamos? ¿Por qué no podemos dejar de pensar en eso? ¿Por qué tenemos tanto miedo de *no* hacerlo? Estas son preguntas que no entendemos acerca de nosotros mismos.

Nosotros pensamos que somos libres y lo pensamos porque hacemos lo que queremos, pero nunca damos un paso atrás para preguntarnos: “¿Por qué quiero esto?” “¿De dónde vienen estas demandas, deseos, temores, propósitos, codicias y agendas?”

Amigos, tenemos que entender que hay dos tipos de esclavitud. Una es peor que la otra y más difícil de ver también. Una es cuando alguien hace que hagamos algo que no queremos hacer. La otra es cuando alguien hace que queramos lo que él demanda. ¿Ve la diferencia? Una cosa es que alguien nos obligue a hacer algo contra nuestra voluntad (sí, es un asco, pero al menos todavía tenemos nuestra voluntad), y otra cosa es que alguien influencie nuestras acciones porque tiene control de nuestra voluntad. Controla nuestra voluntad por medio de una naturaleza, una semilla que obra por debajo de nuestra voluntad. ¡Eso sería algo mucho más sutil y mucho más mortal!

El segundo tipo de esclavitud es nuestra condición. Somos esclavos de una naturaleza que vive debajo, o más profundamente de nuestras acciones. Satanás no tiene que decirnos qué hacer. Podemos tomar nuestras propias decisiones, pero esas decisiones van a ser expresiones de la naturaleza que está reinando en nuestro corazón. Podemos hacer lo que nos dé la gana, pero esas acciones van a ser expresiones de la naturaleza que está reinando en nuestro corazón. Tenemos que enfrentar el hecho de que el hombre adámico NO puede actuar contra esa naturaleza. A veces el hombre natural actúa contra sus deseos o contra su mente, pero no realmente puede actuar contra la naturaleza que está reinando en él.

Tratamos de convencer a otros e incluso a nosotros mismos, de que lo que hacemos no proviene del mal. Pero el verdadero problema no es lo que hagamos, sino lo que somos. La naturaleza de nuestra esclavitud no consiste en que Satanás nos diga lo que tenemos que hacer. La naturaleza de nuestra esclavitud a Satanás consiste en que su naturaleza obra en nuestra oscuridad y nos hace querer lo que

él desea, lo que él es. Nos hace una expresión de su naturaleza, hijos obedientes.

Esta es la razón por la que cualquier cosa que hagamos separados de la luz de Cristo es el mal. Esta es la razón por la que Pablo escribió: “No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno,” y que “todo lo que no proviene de la fe es pecado.” El hombre puede hacer muchas cosas buenas, que son buenas como cosas, pero que por su origen, motivación, fundamento, y naturaleza siguen siendo el mal. Aunque hacemos cosas buenas, siguen siendo expresiones de nuestro padre el diablo, porque somos una tierra que ha recibido su simiente. Somos una tierra ya conquistada por los filisteos. El hombre adámico es una tierra llena de mala hierba, llena de cizaña y espinos. Hemos producido la cosecha de una semilla que fue sembrada por el enemigo de Dios.

¿Se acuerdan de la parábola del trigo y la cizaña? Los siervos fueron al Señor y le dijeron: “Señor, ¿no sembró usted buena semilla en su campo? ¿Cómo, pues, tiene cizaña? Y El les dijo: **Un enemigo ha hecho esto.**” Sí, es cierto... porque existen dos tipos de sembradores.

En Juan capítulo 8 Jesús intentó explicarles a los Judíos el gobierno de pecado. Les dijo que eran hijos del diablo y esclavos del pecado. A ellos no les gustó lo que afirmó, porque no podían ver o entender su relación con el pecado. Las pruebas que Jesús les dio fueron muy sencillas y muy interesantes. Simplemente les dijo: “todo el que comete pecado es esclavo del pecado” (Juan 8:34). En otras palabras, **todo pecado es una prueba más del gobierno al que ellos están obedeciendo.**

Así somos nosotros, y como ellos, tampoco entendemos la manera como funciona el gobierno. No entendemos que ninguno de estos dos reinos están tratando de decirnos qué hacer ni obligándonos a hacer cosas contra nuestra voluntad. Así no funciona el reino de Dios, ni el reino de Satanás. Pensamos que Satanás quiere que hagamos ciertas cosas malas, y que digamos y pensemos cosas malas. Pensamos que Cristo quiere que hagamos ciertas cosas buenas, y que digamos y pensemos cosas bonitas.

En realidad, eso representa un malentendido de lo que es el reino, porque ambos reyes gobiernan *por medio de una naturaleza que opera en el alma a manera de ley*. Una es la ley del pecado y muerte, la otra es la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús. Recuerden cómo definimos el reino de Dios: Es el gobierno o reinado en el cual todas las cosas creadas se alinean perfectamente con la naturaleza, propósito, mente, carácter y deseo del Señor. Es un entorno sobre el cual Dios tiene soberanía total, en el cual Dios tiene expresión y gloria y llega a ser un reflejo perfecto del Rey y Su gobierno.

Ninguno de los reyes quiere obligarnos a hacer cosas contra nuestra voluntad. No, el gobierno es mucho más poderoso y más profundo que eso. El reino de uno quiere llenar nuestra mente, emociones y voluntad de la mentira que amamos, del anhelo de escoger lo que está muerto y caído,

de beber lo que no es agua y de comer lo que no es comida. El reino de las tinieblas no va a obligarnos a hacer cosas que no queramos hacer. Este reino va a operar en nosotros de tal manera que amemos lo que nos mata.

El reino de Dios tiene cierto parecido. Obviamente la naturaleza es todo lo opuesto, pero la manera en la que experimentamos el gobierno en el alma es similar. El reino de Dios no tiene sujetos reacios. Dios obra en sus sujetos “tanto el querer como el hacer para su buena intención” (Filipenses 2:13). “Tu pueblo se ofrecerá voluntariamente en el día de Tu poder.” (Salmo 110:3) El Espíritu de Dios opera en nuestras almas de tal manera que amemos lo que es bueno, odiamos lo muerto, bebamos el agua viviente, escojamos lo vivo.

Pero quiero volver a mi punto principal. Mi deseo al mencionar todo esto es que nos demos cuenta de lo siguiente: **1) Que el reino de Dios está dentro de nosotros y que somos una tierra diseñada por Dios para dar la cosecha de su Semilla. 2) Que hay otra semilla ya prosperando en el alma cuando el reino de Dios entra.**

Tenemos que ver (en la luz que proviene de la Semilla de Dios) la gran diferencia entra estas dos semillas. Tenemos que ver cuán opuestas son. En la oscuridad de nuestra mente carnal pensamos que no hay una gran diferencia entre estas semillas, entre la semilla de los filisteos y la semilla de Abraham. Pensamos que está bien hacer pactos, alianzas y matrimonios entre la semilla de Dios y la semilla caída de Adán. ¡Pensamos (igual que el Rey Saúl) que podemos guardar lo mejor de la primera semilla, utilizarla y hasta ofrecérsela a Dios! Pero hacemos esto sólo cuando no hemos visto la enemistad, la hostilidad, la increíble diferencia entre estas dos simientes.

El reino de Dios invade la tierra de nuestros corazones como un hombre de guerra. El Rey celestial nunca hace pactos, alianzas ni matrimonios con la simiente de los filisteos. Nuestro Rey David (Jesucristo) solo tiene dos metas: Salvar la tierra (el alma) y matar la semilla incircuncisa. Él salva la casa de Israel (atrapada bajo el liderazgo de Saúl) y mata a todos los filisteos. Él es como un hombre fuerte que fuerza la entrada de una casa ya habitada. ¿Recuerdan las parábolas de Cristo?

Lucas 11:16-22, *“Y otros, para poner a prueba a Jesús, demandaban de Él una señal del cielo. **17** Pero conociendo El sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo es assolado; y una casa dividida contra sí misma, se derrumba. **18** Y si también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo permanecerá en pie su reino? Porque ustedes dicen que Yo echo fuera demonios por Beelzebú. **19** Y si Yo echo fuera demonios por Beelzebú, ¿por quién los echan fuera los hijos de ustedes? Por tanto, ellos serán sus jueces. **20** Pero si Yo por el dedo de Dios echo fuera los demonios, entonces el reino de Dios ha llegado a ustedes. **21** Cuando un hombre fuerte, bien armado, custodia su palacio, sus*

*bienes están seguros. **22** Pero cuando uno más fuerte que él lo ataca y lo vence, le quita todas sus armas en las cuales había confiado y distribuye su botín”.*

Mateo 12:28-29, *"Pero si Yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, entonces el reino de Dios ha llegado a ustedes.**29** ¿O cómo puede alguien entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si primero no lo ata? Y entonces saqueará su casa."*

¿Ven lo que dice Cristo? ¿Entendemos que nosotros somos por naturaleza un palacio custodiado por un hombre fuerte, que somos una casa resguardada? ¿Conocemos al otro Hombre más fuerte que quiere poseer la casa? Hay un hombre que tiene la capacidad de atar al primer hombre y saquear sus bienes. El Hombre más fuerte quiere tomar posesión de la casa y vivir en ella.